



GUIA DE LECTORES

656 275

LAS metamorfosis son un antiguo juego de la imaginación literaria: animales que se convierten en seres humanos y seres humanos transformados en animales. Basta recordar los cerdos de la Odisea, los diversos asnos entre los que sobresale el "Asno de Oro" de Apuleyo y, de ahí toda una prole de miticas creaturas que viven aventuras humanas o comparten las humanas aventuras. Posiblemente de este trasfondo clásico emanen algunas figuras contemporáneas que ofician de bestias compañeras del hombre y confidentes de sus gozos y sus penas. En nuestro idioma, tal vez el ejemplo más alto de esta mitificación de las tiernas, fraternas, relaciones entre el hombre y su amigo (más que simple mascota) sea el burrito aquel que inmortalizó Juan Ramón Jiménez: Platero. Platero es un símbolo de amor, de esa silenciosa entrega que sólo puede ofrecer la bestia. La fantasía del poeta permite que ella hable o al menos transmita al amo y compañeros una interioridad que va desde el humor a la ternura.

En la literatura nacional hay escasos ejemplos de estas relaciones calificables de emoción fraterna, acaso porque somos tan realistas que nos es casi imposible elaborar mitos, salvo, por cierto, los antiguos mitos tradicionales. En el criollismo la relación es otra: amor del hombre hacia el camarada de viajes y faenas, como puede leerse en "Lucero", ese admirable cuento de Oscar Castro. No hay interrelación ni menos canales de mutua expresividad.

Por esto, sorprende la aparición de un gato en las letras chilenas. Colette los prodigó en Francia, como Virginia Woolf los "cocker spaniels" en Inglaterra. Pero aquí no teníamos gatos literarios y, escasamente, perros o caballos. En todo caso la presencia animal era siempre paciente y no activa. En este punto comparece Hermelo Arabena Williams con un gato de torno y torno y cola: El Prín-

Por Hernán
Poblete Varas,
de la
Academia
Chilena



cipe Negro (Editorial Nascimento, Santiago, 1980). Un gato que penetra en un hogar de solterones, como todos los gatos: encontrado, adoptado. Es una virtud de los gatos esta forma subrepticia de entrar en la casa del hombre y Hermelo Arabena lo ha observado con justa precisión.

En nuestro caso, "El Príncipe Negro" no es un gato común; una vez adueñado de la casa del amo adoptivo, saca la voz. Y de ahí para adelante es una especie de conciencia en vigilia para el protagonista de esta novela escrita en primera persona. Las relaciones entre el gato y su amo son tristes, y no por culpa del gato. El amo es melancólico, errabundo, enamorado de imposibles, levemente bohemio. El gato lo juzga de modo casi implacable. En realidad, sería implacable si no fuera por la compasión que le inspira su amo. Comparte las inquietudes de éste, lo aconseja, procura apoyarlo y desaparece, cuando desaparecen también las vagas ilusiones amorosas engendradas en el débil corazón del amo.

Una novela de límpida prosa, ejemplar en el manejo del idioma. El Príncipe Negro despierta simpatías, viejas resonancias cordiales. ¿Le falta calor, fuerza interior, garra? Es posible, o tal vez el autor la quiso así: nebulosa, incierta, melancólica.

60 Zeneiro, Sepo. 31-V-1981. P. 23

Guía de lectores [artículo] Hernán Poblete Varas.

AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guía de lectores [artículo] Hernán Poblete Varas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile